

[Otra edición en: *Historia 16* n.º 12, 1977, 56-63. Versión digital por cortesía del editor (*Historia 16. Madrid*) y del autor, como parte de su *Obra Completa*, bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los bárquidas en España

José María Blázquez Martínez

[-56→]

La entrega de Sicilia a Roma después de la Segunda Guerra Púnica (261-241 a. C.) significó para Cartago la pérdida de la principal base de operaciones mercantiles de que disponía en el Mediterráneo Central, para comerciar con los griegos asentados en la mitad oriental de la isla y en el sur de Italia, con los Etruscos, con los Galos y con los Iberos: Por los mismos años se perdió Hispania para Cartago, aunque se ignoran las circunstancias y las causas.

El historiador francés, L. Horno, sostiene que Cartago no podría vivir en esta época sin las colonias de Ultramar. J. Maluquer ha señalado que la reconquista por los cartagineses de la Península ibérica, obedeció a la necesidad de buscar una compensación de carácter político y económico a la pérdida de Sicilia (241 a. C.) y de Cerdeña (237 a. C.). Otros investigadores como Giannelli, Momigliano, Ducati, Cary, Groag, Hallward, Otto y Aymard, creen que la causa de la Reconquista de España obedece a una política defensiva. Scullard se inclina a admitir que la conquista de la Península no tenía otra finalidad que restablecer el imperio perdido de Ultramar, mientras Frank y Gsell aceptan que responde a la política ofensiva bárquida, la familia que se puso en Cartago al frente del partido. A ella pertenecen Amílcar, Asdrúbal —yerno del anterior— y Aníbal, hijo del primero, que actuaron en la Península Ibérica desde los años 239-238, el primero, desde el año 228 al 221, el segundo, y entre los años 221 al 206 a. C. el tercero.

Personalmente somos de la opinión, con Scullard y Heuss, de que la política bárquida no se torna abiertamente ofensiva hasta Aníbal y que la política seguida con Roma por Asdrúbal es claramente pacifista.

El gran historiador alemán Kornemann, escribió que la meta de la política bárquida era dejar que Roma controlase, como dueña, toda Italia y los mares que rodeaban la Península Itálica, ya que Cartago fue la señora del Norte de África, de Iberia y con ello tuviese el control de la salida al Océano Atlántico. Recientemente, Heuss, historiador alemán de gran prestigio, afirma que «el sueño de un entendimiento con Roma estaba lejos del pensamiento de los bárquidas». No obstante no cree en una política belicista hasta la llegada al poder de Aníbal.

Intereses púnicos

Cartago conocía muy bien las fabulosas posibilidades de la Península en riquezas mineras y como cantera de extraer mercenarios, ya que de ellos se había servido en la campaña de finales del siglo VI a. C. para conquistar Cerdeña. A partir del año 480 a. C., tropas iberas a sueldo y honderos baleares figuran en todos los ejércitos cartagineses que luchan contra los griegos por la posesión de Sicilia. Así en la gran batalla de Himera, 480 a. C., en el asalto de Selinunte, 409 a. C., en la destrucción de Himera, 408 a. C., en la toma de **[-56→57-]** Agrigento, 406 a. C., en la caída de Gela y de Camarina, 405 a. C., en el segundo sitio de Siracusa, 397-395 a. C. y en la Primera Guerra Púnica.

Las riquezas mineras del sur de la Península fueron explotadas por los cartagineses desde el cierre del Estrecho de Gibraltar a los griegos, a comienzos del siglo V a. C. Los recintos fortificados de Turdetania, la Bética de los romanos (que ocupan las actuales provincias de Cádiz, Sevilla, Córdoba y Jaén), gemelos de los del N. de África en el cabo Bon, y de los existentes en Cerdeña para defender las colonias asentada en la costa y las minas, tenían por finalidad defender los cotos mineros, en manos de los reyezuelos turdetanos, que vendían los metales a los cartagineses, quienes disponían en la costa de unos centros comerciales, como eran las ciudades de Cádiz, Málaga, Sexi y Abdera, por las que se embarcaba el mineral a Cartago.

Como han sugerido algunos autores, es muy posible que todas las campañas que emprendieron los cartagineses contra los griegos en Sicilia, en las que participaron tan activamente las tropas iberas, fuesen financiadas por las riquezas mineras hispanas. Pero sobre estos datos carecemos de precisión. Sí podemos asegurar que la Península contribuía poderosísimamente al desarrollo del imperialismo, como se deduce del

hecho transmitido por Timeo de que los fenicios de Cádiz tenían el monopolio de la pesca del atún en el Atlántico, que puesto en conserva era enviado a Cartago, desde donde se enviaba a otros mercados del Mediterráneo, lo que no se consumía en la ciudad. Los viajes de exploración dirigidos hacia el año 460 a.C. por los almirantes cartagineses, Hanón y Himilcón, por el Atlántico, tienen por finalidad el conocer los centros productores de estaño y del oro, para establecer un monopolio de su explotación, como el que conservaron los fenicios sobre Cádiz hasta comienzos del siglo I a.C., en que se lo arrebataron los romanos.

Como se ha indicado, los cartagineses perdieron el control de las explotaciones de la Península a raíz de la Primera Guerra Púnica. El gran hispanista A. Schulten dedujo de un texto de Polibio que, al comienzo de la Primera Guerra Cartaginesa, la Península Ibérica se encontraba aún bajo control púnico. Sin embargo, lo probable es que ya la hubiera perdido antes de la revuelta de los mercenarios (241-239 a.C.) porque se hace difícil pensar que Cartago sufriese escasez de dinero contando con los fabulosos ingresos que proporcionaban las minas hispanas.

Posiblemente Marsella, que tenía intereses económicos encontrados con Cartago, desempeñó un papel importante en esta separación. La explotación cartaginesa de la Península debió ser muy fuerte y es posible que los iberos estuviesen fatigados de ella. Toda la costa ibérica levantina estaba bajo el control de los griegos de Marsella, ya directamente, ya a través de las colonias griegas de Roda, Ampurias y Hemeroscopeion, que acudieron a los romanos para frenar la expansión comercial cartaginesa, como se hizo en el llamado segundo Tratado romano-cartaginés del año 346 a.C. que fijaba como límite de la [-57→58-] expansión comercial cartaginesa la zona de Cartagena, el antiguo límite de Tartessos.

En este siglo IV, los intereses comerciales de Cartago habían alcanzado hasta la importante colonia griega de Ampurias, como lo indica la metrología de sus monedas, según ha demostrado P. Beltrán. En otra colonia griega como Ullastret la influencia cartaginesa es clara en las monedas. F. Benoit y Ana Muñoz han estudiado recientemente el comercio púnico en el sur de Galia y en el mundo ibérico, llegando a la conclusión de que éste era importante y de que aún antes de la llegada de los Bárquidas a la Península, estaba estrangulando el comercio griego, incluso en el sur de la Galia.

Aventura imperialista

El punto fundamental del programa político-económico de Amílcar Barca era la reconquista de Hispania. Esta política era de marcado carácter imperialista, mercantil y colonial. Se apoyaba en la gran tradición comercial púnica y en los intereses mercantiles de los comerciantes que se encontraban sin base de operaciones después de la pérdida de Sicilia y Cerdeña. Era contrario al defendido por Hanón, jefe del partido latifundista, cuyos intereses económicos se encontraban en las fértiles llanuras cerealistas puestas en regadío en el N. de África, continente que fue durante toda la Antigüedad un verdadero jardín para los agricultores.

El profesor de Historia Antigua de la Universidad de Florencia, Giannelli, ha deducido que la reconquista de la Península era el punto fundamental de los seguidores en Cartago de los Bárquidas. El gran historiador de la economía y de la sociedad antigua, el ruso Rostovtzeff, señala por su parte, que, como Sicilia, la Península Ibérica unía a su riqueza cerealista de las ricas vegas del Betis o de la costa mediterránea, la fabulosa posibilidad de explotación de minerales. Hispania era en opinión de este investigador el distrito minero más rico de todo el Mediterráneo. Sólo Tracia y Macedonia tenían minas importantes de oro y plata. En el Ática se explotaban las minas de plata del Laurión, descubiertas en época pisistrátida, siglo VI a.C., pero en época helenística se encontraba ya muy mermada su producción.

Para el partido de comerciantes cartagineses era de vital importancia la reconquista de la Península. No había otra posibilidad de pagar la indemnización de guerra impuesta por los romanos a Cartago, que explotó inmediatamente a gran ritmo las minas de plata de las proximidades de Cartagena y de Sierra Morena. Dión Casio, escritor del siglo II, recoge la justificación por parte de Cartago ante la embajada romana de la conquista de la Península porque «se había visto obligado a llevar acá la guerra para poder pagar las deudas de los cartagineses tenían con los romanos ya que por ningún otro procedimiento podían librarse de ellas». Polibio, historiador totalmente favorable a Roma, acepta la conquista de la Península por la pérdida de Sicilia y Cerdeña y la necesidad de pagar el nuevo tributo impuesto.

Diodoro Sículo, un historiador siracusano contemporáneo de Augusto, ha descrito minuciosamente las explotaciones mineras hispanas en época romana y afirma que todas fueron explotadas antes por los cartagineses y antes por los indígenas. La fundación por Asdrúbal de la importante base naval de Cartago Nova obedece no sólo a ser el mejor puerto de toda la costa levantina, en opinión de Estrabón, para comunicarse

con África, sino a la presencia en sus alrededores de las minas de plata, la más importante de todo el Mundo Antiguo, según Giannelli, Piganiol y Mazzarino. No es de extrañar que su descubridor, Aletes, recibiera por ellos honores divinos.

Avaricia bárquida

Toda Sierra Morena, que era un gigantesco coto minero, fue explotado por los Bárquidas. En las proximidades de Cástulo, según Plinio –que utiliza como fuente para su Historia los datos recogidos con fines fiscales por Agripa, el yerno de [-58→59-] Augusto–, se encontraba la famosa mina Baebelo, que rentaba a Aníbal 300 libras diarias de plata. Esta mina, al decir de Domergue, de la Universidad de Toulouse –autoridad máxima en todo lo referente a las minas hispanas en la Antigüedad– no ha sido localizada con precisión, pues en la mina de Palazuelos, la supuesta Baebelo de Plinio, no ha aparecido ningún material de época púnica. Plinio menciona también los pozos mineros abiertos por Aníbal, que aún seguían en explotación en su época, cuando él, durante la dinastía flavia, fue procurador de la provincia tarraconense.

Los Bárquidas explotaron las minas, copiando el modelo de los Ptolomeos en Egipto, en régimen de monopolio, al igual que las salinas y, como subproducto de éstas, las salazones, según ha demostrado recientemente Etienne. El historiador alejandrino Apiano, que vivió en época de los Antoninos y que sigue generalmente a Polibio escribe que el botín de la Península proporcionado a los cartagineses, en tiempos de Amílcar, movió a enviar a Asdrúbal, con otro nuevo ejército.

Con los Bárquidas, la Península se convierte en una colonia de explotación. Los fabulosos ingresos que obtuvieron los cartagineses no los sacaban sólo de las explotaciones mineras, contaban con otras fuentes de ingresos no menos importantes. Los Bárquidas impusieron frecuentemente tributos a los pueblos sometidos. Baste recordar que Aníbal impuso una contribución a las ciudades sometidas de los alcaldes, Altea y Cartaba. La Península fue ahora sometida a un régimen fuerte de explotación mediante tributos y contribuciones. El gran historiador griego Polibio, que asistió a la caída de Numancia en el año 133 a.C., alude repetidas veces a la ambición y avaricia innata de los cartagineses, de lo que da algunos ejemplos, como que Aníbal, a cambio de 300 talentos de plata, se comprometía a levantar el cerco de Salmatis, la actual Salamanca. Asdrúbal incluso gravó con una gran cantidad de dinero a sus fieles aliados Indíbil y Mandonio con el pretexto de asegurarse de su fidelidad.

La conquista de la Península por los Bárquidas ocasionó la destrucción y saqueo de casi la totalidad de los poblados ibéricos levantinos, de lo que hay confirmación arqueológica, como han demostrado Pla y Tarradell. Diversos autores de la Antigüedad que han narrado estos sucesos aluden a la gran cantidad de dinero que procedía de estos saqueos y destrucciones. Este dinero se empleaba no sólo en pagar las numerosas tropas mercenarias, sino que también se utilizó en sobornos. Apiano escribe de Amílcar que «se pasó a la Península para tener ocasión de estar ausente de su ciudad y, al mismo tiempo, de actuar y de ganarse con dones a sus ciudadanos... lo que tomaba en la guerra, dividía en dos partes: una la repartía entre los soldados, la segunda entre los principales de la ciudad favorables a su causa». Cornelio Nepote, extractando fuentes más antiguas, indica que «enriqueció toda África con dinero, caballos, armas y hombres».

La fabulosa riqueza minera hispana, la necesidad de pagar a tanto mercenario y el prestigio de los Bárquidas motivaron la emisión de una moneda fuerte de plata, la llamada hispano-púnica, estudiada por Robinson, A. Beltrán y Villalonga. Esta moneda es el mejor exponente de la potencia económica de los Bárquidas.

En ella se acuñan retratos de los Bárquidas; algunas veces bajo los atributos de Hércules, lo que prueba su profunda helenización. La influencia griega sobre el Cartago de esta época aparece en muchos aspectos de la sociedad púnica. Puede decirse que había comenzado a finales del siglo V a.C. cuando se introdujeron en la religión cartaginesa los cultos de Core y Démeter tomados de los griegos siracusanos. Hércules, el Melqart púnico, fue el gran dios de los Bárquidas. La concepción del poder de los Bárquidas no difieren mucho de la de los seguidores de Alejandro Magno, los llamados Diádocos.

La Península ibérica, como colonia de explotación, para usar la terminología moderna, produjo a los Bárquidas otras materias primas además de minerales, necesarias para la guerra y el comercio marítimo, como esparto, citado en el botín cogido por Escipión en la toma de Cartagena, año 209. [-59→60-] Varios autores romanos han hablado del botín allí recogido, auténtico muestrario de los productos explotados por los Bárquidas en la Península. Tito Livio escribe: «Las páteras de oro llegaron a 276, casi todas de una libra de peso; 18.300 libras de plata trabajada y acuñada; vasos de plata en gran número... 40.000 modios de

trigo, 270 de cebada. 73 naves de carga asaltadas y capturadas en el puerto, algunas con su cargamento: trigo, armas, cobre, hierro, velas, esparto y otros materiales necesarios para armar una flota...».

Fides Ibérica

La Península ibérica proporcionó no sólo el dinero para pagar a los mercenarios, sino las tropas. Los ejércitos a sueldo con que luchan contra Roma los Bárquidas están sacados en su mayoría de Hispania. Por esto A. Schulten afirma que sin la Península Ibérica no hubiera sido posible la Segunda Guerra Púnica. Los Bárquidas se apoyan fundamentalmente en los habitantes de Lusitania y Celtiberia, de donde sacaron grandes contingentes de soldados, debido al hecho de que en estas regiones existía un gran descontrol económico y social –de lo que hay abundancia de testimonios en las fuentes históricas para el II a.C.– motivado por la concentración de riquezas agrícola y ganadera en pocas manos, lo que obligaba a grandes masas de población a alistarse en los ejércitos de cartagineses o romanos, como válvula de escape a su mala situación económica y a dedicarse al bandidaje en Turdetania y en la Cuenca del Ebro.

Los romanos, en cambio, se aliaron en los primeros momentos de la conquista, con los iberos y turdetanos, es decir con pueblos económica y culturalmente más avanzados sometidos al saqueo de los primeros y con organizaciones políticas diferentes, ya que estaban gobernados por reyezuelos, mientras los celtíberos tenían asambleas.

Polibio y Livio afirman que las tropas hispanas eran la columna vertebral del ejército que invadió Italia a las órdenes de Aníbal. A ellas se dirige el caudillo bárquida después del paso de Poo. Estas tropas figuran en todas las grandes batallas de la Segunda Guerra Púnica, como en el paso a través de los pantanos del Arno en la primavera del 217 a.C. En la misma batalla del lago Trasimeno de este mismo año, las tropas peninsulares se encuentran en el puesto más difícil. También se mencionan a los soldados ibéricos en las correrías del Sur de Italia y en la gran batalla de Cannas, año 216 a.C., donde las tropas de Hispania resistían al ejército romano, mientras los libios le envolvían. Los soldados de la Península Ibérica defienden la fortaleza de Capua entre los años 214-212 a.C. Moerico, jefe de los mercenarios ibéricos en Siracusa, traicionó a los cartagineses y se pasó a los romanos, que la recompensaron con tierras. Finalmente la caballería celtíbera, en la que los cartagineses tenían puestas grandes esperanzas, participan en Zama, batalla que puso fin a la Segunda Guerra Púnica (202 a.C.).

El papel del ejército

En la política bárquida desempeña un papel importante el ejército. Los Bárquidas impusieron su política como todos los caudillos y monarcas helenísticos, apoyados en el ejército. Varios historiadores antiguos expresamente apuntan esta idea. Diodoro de Sicilia escribe que Asdrúbal «fue proclamado general por el ejército» y Livio que «su influencia sobre el ejército y la plebe era más que mediana, lo que le llevó al poder, al que los [-60→61-] votos de la nobleza no le hubieran llevado». Apiano afirma que «era muy grato a los soldados». Según Zonaras «Aníbal fue proclamado primero general por el ejército, lo que aceptaron los magistrados de Cartago». Las tropas hispanas llevaron al ejército cartaginés la idea del caudillaje militar, de lo que hay numerosos testimonios durante la conquista romana de la Península referentes a generales romanos de primera fila, como Escipión «el Africano», Sertorio, Pompeyo, Metelo, Mario César y Augusto.

Los soldados Íberos se vinculaban a sus caudillos militares mediante la *devotio* o *fides ibérica*, por la que, por razones religiosas se comprometían a defenderlos, aún con exposición de su propia vida. Esta fidelidad motivó que las guardias personales de hispanos fuesen muy buscadas por los jefes militares de finales de la República. Mario, Casio, Augusto o Juba de Mauritania. Y quizás haya que buscar en esta consagración a los caudillos un precedente para los orígenes del culto al emperador, como han defendido Premerstein y D'Ors.

La proclamación por todos los iberos como general con plenos poderes, de la que habla Diodoro, es muy significativa en este sentido. Esta proclamación era fácil de obtener, pues tanto Asdrúbal, como Aníbal, se casaron con mujeres hispanas, lo que les convirtió en auténticos caudillos nacionales. Aníbal casó con una semita, a juzgar por el nombre, Himilce, de Cástulo. Este caudillaje militar llevaba consigo la idea de la monarquía que, según se indicó, era la forma de gobierno de iberos y turdetanos. Por eso Polibio acusa a Asdrúbal de querer introducir en Cartago la forma de gobierno monárquico.

Avance bárquida

Apoyados en este ejército, los Bárquidas intentaron la conquista de gran parte de la Península. Polibio y Diodoro escriben que Amílcar, «sometió a muchos pueblos». Diodoro sostiene, con frase evidentemente exagerada, que «conquistó Hispana entera»; de Asdrúbal afirma «que recibió la sumisión de doce ciudades y, finalmente, sometió todas las de España». Apiano, por su parte, dice poco más o menos lo mismo: «sometió a los cartagineses muchos pueblos de Hispania» y que «penetró desde el océano occidental por el interior de España hasta el Ebro».

El tratado del Ebro, firmado con Roma en el año 226 a.C., en realidad entregaba la casi totalidad de la Península a los cartagineses. Como ha visto A. Rodríguez Adrados, lo que se prohibía en él a los ejércitos cartagineses era pasar el río con armas, no el comerciar; para esta fecha, según se indicó, el comercio cartaginés había invadido Cataluña y el sur de la Galia. En este tratado, un gran triunfo de la diplomacia bárquida, en frase de Kornemann, los intereses mercantiles de Marsella quedaban muy mermados, pero ante el empuje comercial y militar de Cartago no se podía hacer otro cosa.

Aníbal penetró hasta el interior de la Meseta, hasta Salmantica, según las fuentes. Posiblemente arrasó en su marcha una serie de poblados de la provincia de Ávila, excavados por Cabré, como Las Cogotas, la Osera, etc., destruidas por estos años. Todas estas campañas en el interior de la Península se hicieron con tropas hispanas. Fueron muy importantes para los Bárquidas, pues les proporcionaron una oficialidad y un ejército perfectamente entrenado para la guerra y los generales aprendieron a relacionarse con muy diferentes pueblos. Aníbal pretendía hacer una confederación de pueblos contra Roma. [-61→62-]

Se conocen en líneas generales las directrices de la política bárquida, tanto en el exterior como en política interior, gracias a algunas alusiones a ella de los historiadores antiguos. Apiano, Diodoro y Zonaras sostienen que Amílcar desembarcó en la Península contra el parecer de los magistrados de su ciudad. La idea contraria es la apuntada por Polibio. Probablemente vino en defensa del partido integrado por los comerciantes, contra la opinión del grupo de los agricultores.

Del segundo bárquida, Asdrúbal, Polibio indica que gobernó según su propia voluntad sin tener en cuenta para nada la opinión del gobierno cartaginés, pero de otros testimonios del propio Polibio, confirmados por las opiniones de Livio y de Cornelio Nepote, se desprende claramente que, por lo menos en las ocasiones más importantes, como en la destrucción de Sagunto, consultó la opinión de los magistrados de Cartago.

Aníbal, en opinión de Livio se sentía apoyado por el senado cartaginés, aunque una vez que estuvo en Italia todos los socorros le llegaron de la Península Ibérica, que era la verdadera base de sustentación, del ejército expedicionario cartaginés. Por eso Roma trajo la guerra a la Península Ibérica en el año 218 a.C. para cortar el sostén del ejército de Aníbal.

Política y gobierno

Cartago durante la Segunda Guerra Púnica prácticamente se desentiende de la expedición contra Italia. En la práctica, los Bárquidas gobernaron la Península como auténticos monarcas. En este sentido arroja mucha luz la acuñación de la moneda con sus retratos, tesis aceptada por F. Mateu y Llopis y por Richter.

Se conoce bien la política intensa seguida por los Bárquidas en la Península. Los tres, como después harían Escipión «el Africano», T. Sempronio Graco, Sertorio, Pompeyo y César –tema bien estudiado recientemente por J. Mangas– se atrajeron a los indígenas haciéndoles continuos beneficios. Asdrúbal, mediante una hábil diplomacia, extendió el territorio controlado por Cartago, al decir de Diodoro. Polibio, autor que no es favorable a Cartago, afirma de su modo de gobernar, que administraba el mando «con cordura e inteligencia» y que gracias a su amistad con los reyezuelos indígenas logró que los intereses de Cartago alcanzasen una gran prosperidad. Su yerno Asdrúbal varió algo la política, sometiendo unos pueblos por la fuerza, ganándose a otros según Diodoro.

La política de Aníbal fue una mezcla de benevolencia y severidad. Era particularmente afable con los soldados, pagándoles puntualmente y otorgándoles otros favores, como el invernar en sus casas. Incluso con los propios enemigos fue a veces bondadoso. Por ejemplo, con los habitantes de Salmatis.

Con Sagunto se portó con gran dureza, pero se trataba de la principal aliada de Roma en Hispania y caía dentro de su dominio, según el tratado del Ebro, por lo que Roma fue la causante legal de la Segunda Guerra Púnica. Polibio comete un error al sostener que Sagunto se encontraba al N. del río Ebro, hasta donde podían llegar con sus ejércitos los cartagineses. L. Homo ha propuesto algunas hipótesis no convincentes para explicar este error, como que a lo mejor se llamar Ebro a algunos de los ríos de la región valen-

ciana, como el Júcar. En Sagunto, ciudad a la que no quedaba otro remedio que aliarse con Roma, pues vivía del comercio y el comercio cartaginés la arruinaba, hubo dos partidos, uno filo-cartaginés, que hacia el año 222 a.C. fue desbancado por un partido filo-romano. Antes de esa fecha, Sagunto se encontraba dentro de la zona de influencia púnica, como lo indican la metrología de sus monedas y sus representaciones.

Los Bárquidas contaron con fieles clientelas en la Península. Indíbil, el reyezuelo ilergeta, en opinión de Polibio, prestó grandes servicios a la [-62→63-] causa púnica y les fue fiel durante muchos años. La ciudad de Cástulo, según Livio, fue muy adicta a los cartagineses y Astapa en su fidelidad a Cartago emuló la resistencia de Sagunto.

Influencia cartaginesa

Los Bárquidas trajeron grandes contingentes de cartagineses para colonizar la Bética. Así ocurre con los púnicos que, según M. Agripa, habitaban la costa entre Almería y el Estrecho de Gibraltar. Esta población cartaginesa fue en el sur tan numerosa e importante que varias ciudades entre Cádiz y Málaga a comienzos del siglo I a.C. acuñaron moneda en alfabeto neopúnico. Apiano menciona a los blastofenicios, que son colonos traídos por Aníbal del N. de África. También trasladaron tropas africanas acá, mientras las hispanas, como las ilergetas, las acuartelaron en África. Plinio y Ptolomeo, este último en el siglo II, afirman que la mayoría de las ciudades de la Turdetania estaban habitadas por cartagineses, que debieron servir en tiempos de la Segunda Guerra Púnica, pues un punto fundamental del programa político de los Bárquidas fue la fundación de colonias. Así Amílcar fundó Acra Leuca, Asdrúbal dos ciudades, Cartagena y una segunda no citada por Diodoro; Aníbal reconstruyó Sagunto y la convirtió en una colonia cartaginesa.

A partir del año 206 a.C. con la entrega de Cádiz a los romanos, el tercer bárquida, aunque desempeñó un papel importante en Italia, no intervino activamente en la Península, pero todavía en el año 203 a.C. envió Cartago a la Península embajadas con la comisión de contratar mercenarios entre las poblaciones hispanas.

El influjo púnico fue grande sobre las poblaciones ibéricas en época bárquida y aún después Baste recordar que la diosa Tanit alada, versión cartaginesa de la Astarté fenicia, se representa muchas veces sobre vasos de Ilici fechados en el siglo III a.C.; va acompañada de caballos, de diversos animales y de vegetales que indican bien claramente su carácter de diosa de la vegetación, del mundo animal y humano. En esta cerámica se encuentran otros temas decorativos como la máscara humana, aves y danzas que responden a prototipos chipriotas, como ya señaló en el año 1962 Kukan.

En la Albufera se han encontrado diversas representaciones de diosas-madres, que responden al mismo concepto religioso. Una de ellas es importante por dar el pecho a dos niños. Llevan como atributo igual que Ilici, la paloma y van acompañadas de dos aulistas, tocadoras de una doble flauta, lo que prueba que existían danzas representadas en Ilici vinculadas con la diosa de la fecundidad púnica. El signo de Tanit aparece pintado en la cerámica de Liria, siglo II a.C. donde hay posiblemente imágenes muy estilizadas de árbol de la vida y una representación de Tanit, entronizada, del tipo de la Dama de Baza, bien estudiada por Presedo, obra de la primera mitad de siglo IV a. C. y de otra imagen procedente del sudeste ibérico, pintada sobre un vaso, donde delante de Tanit entronizada una dama hace un gesto típicamente semita de adoración.

El árbol de la vida entre animales se representa también en la cerámica de Azaila (Teruel), de finales del siglo II a.C. y de comienzos del siglo a.C., con prototipos procedentes de los marfiles fenicios de Nimrud, imitados ya en el período tartésico –broches de cinturón en bronce de Medellín y del Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid– como ya señala F. Poulsen en 1912.

Instrumentos de culto fenicios se dan en el Levante ibérico en época bárquida, como los quemaperfumes, representados en anillos y sobre la pátera de Tivisa (Tarragona), que obedecen a modelos fenicios, como el thymiaterion de Cástulo, obra de la segunda mitad del siglo VII a.C. con flores de loto en el centro. Contemporáneo o algo posterior debe ser el capitel de Cástulo, con temas vegetativos y florales, muy del gusto semita.